

PEREJIL Y HUACATAY: UNA HABITACIÓN PROPIA EN DÍAS DE PANDEMIA

Alicia Ángeles R.*

A cientos de analistas en formación en distintos pequeños puntos del planeta la pandemia nos tomó con este proyecto entre manos. Se trata de un dedicado, esforzado y arduo entrenamiento para el trabajo íntimo del crecimiento personal a la luz del psicoanálisis.

A esta altura todos hemos ya transitado de nuestros consultorios a los espacios virtuales, algunos hemos cambiado de espacio físico, otros no. Pero todos hemos cambiado. No sabemos cómo el cambio será vivido, cómo nos transformará, pero lo estamos haciendo con la incertidumbre en la puerta de la casa. Con la incerteza de cómo será nuestra vida y nuestro trabajo en el futuro: ¿Podré seguir? ¿Podré con todo el trabajo que se viene? ¿Convivirán los cuidados de una familia en crecimiento, todos juntos en una casa, con un consultorio psicoanalítico y una formación en ciernes? ¿Podré con la crisis económica ya existente y con la que se avecina?

Quizá por la herencia latinoamericana y la evidencia de las constantes crisis económicas y sociales, pienso en cierta sensación de estar acostumbrada a las sobre exigencias, a las jornadas de trabajo largas y sintiendo que tengo suerte por los privilegios desde donde habito. Así, aquí en medio de estas contradicciones e inequidades sociales enormes, en días de crianza y como analista en formación latinoamericana en este Perú atrozmente desigual, desde aquí me propongo pensar ¿cómo se vive la formación en tiempos de pandemia?

Continuar la formación, dar espacio para un proyecto personal y profesional de esta envergadura en días tan inciertos es tan arduo como vital. Sabemos que se trata de un entrenamiento costoso en muchos sentidos: desde su amplia e intensa implicancia afectiva y vincular que recorre desde tormentas hasta aguas

* Psicóloga, Psicoterapeuta. Psicoanalista en formación de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Miembro de la Junta Directiva de la Organización de Candidatos de América Latina (OCAL). Estudios en el Instituto de Psicología de Buenos Aires. Miembro Titular de la Asociación Nacional de Psicooncología del Perú.
<angeles.alicia@gmail.com>

mansas; hasta el tiempo y el dinero, que son variables duras en periodos de crisis, máxime en una como esta, de una envergadura aún no dimensionadas. La formación como psicoanalista implica, y lo sabemos todos, un cuerpo de seminarios, experiencias de supervisión y el análisis de alta frecuencia. Para mí es un acto de libertad pleno. Entonces ¿cómo convive la libertad con días de angustia y exigencia que esta pandemia introduce en cada casa, en cada universo?

Todos, el que está al frente mío en la pantalla y yo nos encontramos en la misma situación dentro de la distinta situación de cada casa. La idea de “los mundos superpuestos” acuñada hace ya décadas por Janine Puget¹ me ha resultado muy sugerente para pensar mi día a día: armé un consultorio reforzado con mi encuadre, no solo el interno sino el más íntimo, aquel de la intimidad de mi casa; flexibilicé lo externo y me permitió encontrarme nuevamente con las personas que han confiado en mí para el trabajo analítico.

Los mundos superpuestos que me imagino a esta altura no son solo el virus y el miedo a enfermar, a perder, que deambula en todos. Los mundos superpuestos son también mis mundos personales todos puestos en una misma casa, con la distancia de una puerta. Los mundos superpuestos son también los proyectos suspendidos ante esta incertidumbre.

Así, todos teníamos ciertos proyectos para la siguiente semana de iniciada la pandemia. Y todo cambió. Continuar la formación era uno de los míos, en tanto un viaje de transformación íntima, personal y profesional. Un tejido que se forja por el estudio disciplinado junto con el viaje del análisis de alta frecuencia y los colores que brindan los intercambios entre colegas. Un viaje donde el camino es tanto como el lugar a donde llegar, si acaso lo hay. Ese proyecto involucraba variables que entendía constantes; eran invariantes, dentro de la vida misma que ya es cambiante. Por lo menos cinco años de movimientos con algunas constantes me imaginé cuando me lancé a comenzar.

Lo que a esta altura es evidente, con pandemia o sin ella, es que la formación partió como un proyecto, como un boceto, donde uno dibuja líneas posibles hacia dónde ir, desde ciertas bases. Yo andaba en medio de la formación con sorpresas e incertidumbres que mi propio análisis abrigaba, con dolores y áreas de creatividad que andaba husmeando. Ahora, con más claridad y con más estupor que antes, siento vívidamente que se trataba solo de un esbozo, creo incluso que quizás estamos más cerca de la incertidumbre como principio fundamental. Personalmente ya me preguntaba cómo hacer para que una em-

1. Este encuentro se llevó a cabo por Apdeba al inicio de esta larga cuarentena y sirvió para pensar lo que vivimos a partir del COVID-19 como “acontecimiento” y no solo como “situación traumática”. Lo encontré muy sugerente. <https://www.youtube.com/watch?v=iMwX8bl&t=4189s>

presa de esta envergadura salga airosa en medio de las crisis colaterales, como la económica. Pero una pandemia que ponga en riesgo la naturaleza humana del intercambio, que transforme la idea del Otro como valioso en el Otro como peligroso es una dimensión de crisis inédita.

Cuando la pandemia inició, todos nuestros órdenes se revolieron y las vidas se amenazaron, mi primera reacción fue de seria duda sobre el inicio de los seminarios de formación, asumiendo aún una lógica de tiempo semestral académica... y es que el tiempo ha variado y no podemos hacer como si todo siguiera igual. Entiendo que se trataba de una suerte de estructura que ayudaba ante tanta angustia, sin embargo, la sobre exigencia me parecía contundente.

Y es que los planos de la vida se cruzan en una sola casa llena de personas y de tareas domésticas, de crianza, de educación, de crecimientos. Así ahora me he encontrado pensando con total seriedad y concentración en mi trabajo, mis pacientes, las vidas con las que me encuentro vía cámara y lo que en mí resueñan, en medio del perejil y el huacatay que voy deshojando para inventarme el siguiente menú de mi familia. No puedo contar sobre mi personal experiencia de formación como analista sin el plano de la vida de una familia numerosa como la mía donde la maravilla y lo salvaje del mundo infantil, púber, adolescente y adulto conviven conmigo, con encuentros y desencuentros, con intimidades y soledades, con luz y sombra. Son mi historia y son mi día a día todo el tiempo y en tiempo real. Todo a una puerta de distancia.

Esa puerta es fundamental concreta y simbólicamente. Cuando pienso en la formación, en esta empresa costosa y nutritiva, la imagen de "Una habitación propia", tan osadamente descrita por Virginia Wolf en 1929² me resueña como una vieja herencia propia de la cultura occidental dirigida a las mujeres. Cada día tomo una habitación en mi casa y la convierto en un consultorio y lidio con innumerables tareas domésticas para el cuidado de mi familia. Tareas no remuneradas y fundamentales del cuidado. Estos serán días en que recordaremos cómo limpiar, que lavarnos las manos es parte del cariño y de la vida y a la vez de la angustia causada por la muerte. Días donde la ternura del cuidado de una casa se mezcla con lo salvaje del cansancio o de la angustia de las pérdidas que se avizoran.

Una puerta cerrada divide el espacio donde niños se ríen, gritan, pelean, guardan silencio para que una mamá continúe trabajando; un hombre paciente

2. Hay muchas ediciones de este libro. Durante este año disfruté mucho de una versión peculiar por su formato. https://pe.ivoox.com/es/podcast-una-habitacion-propia-virginia-woolf_sq_f1380305_1.html

Se trata de un audiolibro, muy bien leído que de modo muy sugerente no esconde los sonidos normales de la casa desde donde la lectura se lleva a cabo.

intenta lidiar consigo mismo y “*con un pueblo entre sus dedos*”³. Habrá mucho que pensar sobre cómo se lleva a cabo en estos días nuestro trabajo, donde los sonidos, a modo de señales de la vida íntima propia, no se pueden ocultar, mas “Una habitación propia” sigue ahí. Y es que es una tarea cotidiana, es un proceso del día a día, me propongo y me dispongo para el trabajo de acompañar y dar luz a crecimientos, indago en mí para conocer sobre mis espacios de oscuridad y otros de crecimiento donde podrán devenir otros. “Una habitación propia” en nuestro trabajo tiene un correlato concreto y es también un estado donde el mundo externo, ya sea el virus, el grito de un niño o el recuerdo de si la comida en el horno se quema o no conviven y hacen espacio a mi disposición para el otro que está frente a mí. Las mujeres lidiamos por generaciones con el armado y desarmado de esta habitación, no sin culpa, no sin conflicto, no sin tensión, no sin lucha, no sin proceso.

Así la idea de libertad viene a mi mente e ilumina mi versión de “Una habitación propia” como el espacio que brindo para los distintos escenarios de la formación. Brindo una para desplegar en mí los encuentros íntimos conmigo misma en la compañía del análisis. Y brindo “Una habitación propia” a otros en días donde lo único que parece a veces seguro es “la caverna propia” con las reminiscencias de cómo los seres humanos hemos actuado frente al peligro: armando certezas, cavernas para escondernos y listos para atacar por defensa. La formación entonces tiene esta imagen para mí: un lugar para el encuentro en “Una habitación propia”.

Han sido de una contundencia y un soporte muy importante los signos de ayuda, de empeño conjunto y de amor compartido que a esta altura de la pandemia he experimentado. Primero, que la puerta se puede cerrar en una casa tan poblada como la mía porque otros me ayudan a sostenerla, no habría cómo sin ellos. Y ese “ellos” puede tomar diversas formas y cumplir distintas funciones: un hombre que revise el horno y que los chicos no se descalabren, unos amigos colegas que me acompañan, un análisis que enfrenta con valentía y ternura las tormentas. Una linda sorpresa ha sido la rápida respuesta de las instituciones psicoanalíticas internacionales y los encuentros virtuales sostenedores y pensantes con colegas de distintas partes del mundo. La cuarta pata institucional en funcionamiento es todo un signo de esperanza.

Hoy, en medio de la pandemia, ya pasados tres meses, creo que la formación en psicoanálisis es un estado mental y afectivo, consciente e inconsciente, de apertura, de hallazgos de nuevos vértices desde donde mirar desde adentro el mundo y desde el mundo a la entraña más entraña propia. Es un estado afectivo

3. Kany García autora de la canción *Remamos* (2019).

vulnerable y a la vez fortalecido por todo lo que la vida a esta altura nos ha ido proveyendo o no, por las maravillas y por las cicatrices. En este estado, hoy nos enfrentamos a tiempos duros, a tiempos, en el mejor de los casos, de tránsitos si no de pérdidas que finalmente también son tránsitos. Y por eso mismo son días para la esperanza. Un S. Freud que para 1916 acababa de ver cómo la guerra había destruido su ciudad y los signos de su cultura, y se habían deteriorado los vínculos entre los ciudadanos, en este pequeño y hermoso texto reflexiona sobre lo efímero, sobre la belleza y cómo duele perder “lo que habíamos juzgado permanente”. Me viene dando vueltas cómo concluye su texto:

Con solo que se supere el duelo, se probará que nuestro alto aprecio por los bienes de la cultura no ha sufrido menoscabo por la experiencia de su fragilidad. Lo construiremos todo de nuevo, todo lo que la guerra ha destruido, y quizás sobre fundamento más sólido y más duraderamente que antes (p. 311)⁴.

Inspirándome, en esta idea, hace ya un buen tiempo que me siento por fin mucho más cercana a la imagen de la paradoja que a la del conflicto. Así creo que andamos frente a la paradoja mayor: no hay vida sin muerte. No amerita pensar en resolver ningún conflicto aquí sino la ardua tarea afectiva y emocional de sostener la paradoja de vivir así: sosteniendo la idea de la muerte aunque sea irrepresentable, aunque no podamos vivir plenamente si normalizamos esta pandemia y pensamos que será el nuevo orden. Voy terminando con esta versión de solidaridad: le pido a la vida que sea solidaria con la muerte, que la ayude a tener un espacio y no todo el espacio. Le pido a la muerte que deje espacio para la vida, que ambas se hermanen sabiéndose rivales, pero también sabiéndose solo diferentes, solo puntos en una tensión necesaria. Les pido, con mi mayor respeto por las dos, que convivan, a ver si así podemos entre los seres humanos plantearnos nuevas cosas.

Hay mucho por escuchar y supongo que necesitaré un tiempo para digerir varios aprendizajes en ciernes de este extraño periodo de la vida que coincide con mi formación como psicoanalista. Pero poco a poco iré avanzando en este empeño.

Junio, 2020

4. Freud, S. (1915-1916). La transitoriedad. En *Obras completas*. Volumen 14, (pp.305-311). Buenos Aires: Amorrortu. 1992.